DIONISIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIONISIO

I

A León Chapron.

El señor Marambot abrió la carta que le presentaba Dionisio su criado y sonrió.

Dionisio, que estaba desde veinte años atrás en la casa, era un hombrecillo membrudo y jovial á quien se citaba en la comarca como modelo de servidores. Preguntó á su amo:

—¿Está contento el señor? ¿Ha recibido una buena noticia?

El señor Marambot no era rico. Vivía modestamente con la renta de un capitalito que recogiera á fuerza de años vendiendo potingues á los labradores, pues era farmacéutico y solterón. Contestó:

—Sí, muchacho. El tío Malois no quiere enre-

darse en un pleito y mañana me dará lo que me debe. Cinco mil francos no están nunca de más en una casa.

Y el señor Marambot se restregaba las manos. Tenía un carácter resignado, antes triste que alegre; era incapaz de un esfuerzo prolongado y no se cuidaba con exceso de sus asuntos.

Hubiera podido mejorar de posición aprovechando la muerte de otros colegas suyos, yendo á ocupar su plaza en poblaciones más importantes y ricas; pero al pensar en lo fastidiosa que es una mudanza y la serie de pasos que necesitaría hacer, no se decidía; y después de reflexionar un par de días se contentaba con decir:

—¡Bah! Esperaré otra ocasión. Nada se pierde por esperar. Quizá halle algo mejor.

Dionisio, por lo contrario, llevado de un genio vivo, aconsejaba á su amo que emprendiera algún negocio, y repetía de continuo:

—Si hubiese contado yo con algún dinero, habría hecho fortuna. Con sólo mil francos me las compusiera.

El señor Marambot sonreía sin contestar y se iba al jardín á pasear con las manos á la espalda, meditando.

Dionisio cantó durante todo el día, como quien está muy alegre. Mostró una actividad desusada fregando los suelos de toda la casa, limpiando la vajilla y alborotando el cotarro.

El señor Marambot, admirado de su celo, le decía:

—Si trabajas así, hijo mío, mañana no vas á saber qué hacer.

Al día siguiente el cartero, á las nueve de la mañana, entregó á Dionisio para su amo cuatro cartas, una de ellas muy voluminosa. El señor Marambot se encerró en su habitación hasta mediodía y dió á su criado cuatro cartas para que las llevara al correo. Una de ellas, dirigida al señor Malois, era sin duda el recibo del dinero.

Dionisio no preguntó nada á su amo, y estuvo aquel día tan triste y sombrío como alegre estuviera el día anterior.

Al llegar la noche, el señor Marambot se acostó á la hora de costumbre y se durmió.

Le despertó un ruido extraño. Se sentó en la cama y escuchó. Bruscamente se abrió la puerta y Dionisio apareció en el umbral, llevando una bujía en la mano, un cuchillo de cocina en la otra, con los ojos dilatados, la mirada fija, las mejillas y la boca contraídas como aquellos á quienes agita una

emoción tremenda, y tan pálido que semejaba á un aparecido.

El señor Marambot, asombrado, creyóle atacado de un acceso de sonambulismo, é iba á saltar de la cama para ir á su encuentro, cuando el criado mató la luz y se precipitó hacia la cama. Su amo extendió los brazos para rechazar el choque, que le derribó de espaldas; y trataba de coger las manos de su criado, á quien creía loco, para evitar los golpes que le asestaba.

Primero fué herido en un hombro, después en la frente y en el pecho luego. Luchaba desesperadamente á obscuras, agitando pies y manos, y gritando:

—¡Dionisio! ¡Dionisio! ¿Estás loco? ¿Qué haces, Dionisio?

Pero éste se encarnizaba, hería de nuevo y cada vez que le rechazaba un puñetazo ó un puntapié volvía furiosamente ó la carga. El señor Marambot recibió dos nuevas heridas, una en la pierna y otra en el vientre. De pronto se le ocurrió una idea, y gritó:

—Cesa, cesa, Dionisio, no he recibido el dinero.

El asesino se detuvo en seguida y el boticario oyó en la obscuridad su resuello.

El señor Marambot añadió:

—No he recibido nada. El tío Malois se retracta, vamos á empezar el pleito y por esto te hice llevar aquellas cartas al correo. Lee las que están en mi escritorio.

Y con un último esfuerzo cogió las cerillas del velador y encendió una vela.

Estaba cubierto de sangre. La pared estaba manchada. Las sábanas, las cortinas, todo aparecía rojo. Dionisio, ensangrentado de pies á cabeza, estaba de pie en el centro del cuarto.

Cuando vió aquéllo, el señor Marambot se juzgó perdido y se desmayó.

Se reanimó al amanecer. Tardó un rato en recordar de un modo claro lo que había ocurrido. De pronto se acordó del atentado, de las heridas recibidas y le entró tal miedo que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de algunos minutos se calmó su espanto y se puso á reflexionar. No habiendo muerto ya, era probable que curara. Sentíase débil, muy débil, pero sin ningún dolor muy vivo, aun cuando sintiera en diversas partes del cuerpo una molestia sensible, como fuertes picaduras. También se sentía helado y mojado y como envuelto en vendas. Pensó que la humedad provenía de la sangre

derramada y sentía estremecimientos de angustia pensando en aquel líquido rojo salido de sus venas y que empapara la cama. La idea de ver aquel espectáculo espantoso le trastornaba y tenía los ojos cerrados con fuerza como si pensara que se le iban á abrir á su pesar.

¿Qué fué de Dionisio? Probablemente había escapado.

¿Qué hacer? ¿Levantarse? ¿Pedir socorro? Sí, pero si se levantaba volverían á abrirse sus heridas y caería exánime, desangrado.

De pronto oyó abrir la puerta. Su corazón casi cesó de latir. De fijo que era Dionisio que iba á rematarle. Detuvo la respiración á fin de que el asesino creyera que ya había muerto.

Sintió que levantaban la sábana, que le palpaban el vientre. Un dolor vivo, cerca de la cadera, le hizo estremecer. Le lavaban con agua fresca, suavemente. Así, pues, habían descubierto el crimen, le curaban, le salvaban. Sintió una alegría delirante; pero por un exceso de prudencia no quiso demostrar que había recobrado el conocimiento, y únicamente abrió un ojo, uno solo, con grandes precauciones.

Reconoció á Dionisio que estaba en pie junto á la cama. ¡Dionisio en persona! ¡Misericordia! Volvió á cerrar el ojo.

¡Dionisio! ¿Qué hacía? ¿Qué intentaba? ¿Qué proyecto espantoso abrigaba?

¿Que qué hacía? ¡Ah, sí! lavarle á fin de borrar las huellas de su crimen y de fijo que ahora iba á enterrarle en el jardín, á diez pies bajo el suelo para que no le encontraran. Quizás le enterrara en la bodega, bajo las botellas de vino añejo.

Y el señor Marambot se puso á temblar de tal modo que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: «¡Estoy perdido, perdido!» Y apretaba desesperadamente los párpados para no ver llegar la postrer cuchillada. No la recibió. Dionisio le incorporaba y le vendaba. Luego se puso á curar con cuidado la herida de la pierna, como aprendiera á hacerlo cuando su amo era farmacéutico.

Para un hombre del oficio no cabía duda: su criado, después de intentar matarle, trataba de salvarle.

Entonces el señor Marambot, con voz desfallecida, le dió este consejo práctico:

—Lávame con agua mezclada con coaltar saponificado.

Dionisio contestó:

—Ya lo hago, señor.

El señor Marambot abrió los ojos.

No quedaba rastro de sangre en el cuarto, en la cama ni en la ropa del asesino. El herido descansaba sobre blancas sábanas.

Los dos hombres se miraron.

El señor Marambot dijo al cabo con dulzura:

—Has cometido un gran crimen.

Dionisio contestó:

—Procuro repararlo, señor. Si no me denuncia usted le serviré tan fielmente como antes.

El momento no era muy oportuno para descontentar al criado. El señor Marambot articuló cerrando de nuevo los ojos:

—Te juro que no te denunciaré.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Dionisio salvó á su amo. Pasó noches y días sin sueño, no abandonó el cuarto del enfermo, le preparó las medicinas, las tisanas, las pociones, le tomó el pulso, le cambió de postura con una habilidad de enfermero y un interés de hijo.

A cada instante le preguntaba:

—¿Cómo está usted, señor?

El señor Marambot respondía con voz débil:

—Mejor, muchacho, algo mejor, gracias.

Y cuando se despertaba por la noche, veía á su guardián que lloraba en silencio, enjugándose las lágrimas.

Nunca fuera el boticario cuidado con tanto esmero, con tanto mimo. Al principio pensó:

—En cuanto me cure, despido á ese bandolero.

Ahora entraba ya en franca convalecencia y no se decidía á despedir á su asesino. Pensaba que nadie le cuidaría tan bien, que el miedo haría que su criado fuera un modelo de servidores. Le dijo que había depositado un testamento en poder de un notario, denunciando su crimen para el caso de reincidencia.

Aquella precaución le pareció suficiente para prevenir un nuevo atentado, y después de reflexionar maduramente, decidió que lo más oportuno era no separarse de aquella buena pieza para poder vigilarle más de cerca.

Lo mismo que antes del atentado, no se decidía á comprar ninguna nueva farmacia cuando se le presentaba ocasión oportuna.

—Siempre hay tiempo para ello—se decía.

Dionisio continuaba siendo un servidor modelo. El señor Marambot estaba curado. No le despidió.

Una mañana, apenas acababa de desayunarse, oyó gran estrépito en la cocina. Corrió á ella. Dionisio procuraba soltarse de manos de dos gendarmes. El cabo tomaba nota en una agenda.

Apenas vió á su amo, el criado se echó á sollozar, gritando:

—Me ha denunciado usted, señor; es una infamia después de lo que me prometiera. ¡Falta usted á su palabra de honor, señor Marambot; es inicuo, inicuo!...

El señor Marambot, asombrado de lo que veía, exclamó:

—Te juro en nombre de Dios, muchacho, que no te he denunciado. Ignoro como esos señores han podido saber tu tentativa de asesinato.

El cabo pareció estremecerse.

—¿Dice usted que quiso matarle, señor Marambot?

El farmacéutico, despavorido, contestó:

—Sí... Pero yo no le he denunciado... Nada he dicho... Juro que nada he dicho... Me ha servido perfectamente desde entonces...

El cabo dijo severamente:

—Tomo nota de sus palabras. Los tribunales apreciarán ese delito que ignoraban, señor Marambot. Tengo orden de prender á su criado por hurto de dos patos que cogió en casa del señor Duhamel.

y hay testigos del hecho. Dispense usted, señor Marambot. Daré cuenta de su declaración.

Y volviéndose hacia sus soldados, mandó:

—¡En marcha!

Los dos gendarmes arrastraron á Dionisio.

III

El abogado defensor afirmaba que su cliente estaba loco y citaba los dos delitos para apoyar su argumentación. Había probado claramente que el robo de los dos patos se debía al mismo estado de locura que las ocho cuchilladas dirigidas contra su amo. Había analizado con gran elocuencia y precisión las diversas fases de aquel estado mental que, sin duda alguna, desapareceria sometiéndose á un tratamiento adecuado en una casa de orates. Había hablado en tono patético de la fidelidad y el interes de aquel servidor incomparable, de los cuidados que tuvo para su amo, al que hiriera en un instante de alucinación.

Enternecido por aquellos recuerdos, el señor Marambot sintió humedecérsele los ojos.

El abogado lo notó, abrió los brazos con amplio ademán desplegando sus anchas mangas negras como las alas de un murciélago y con entonación vibrante, gritó:

—Mirad, mirad, mirad, señores jurados, mirad estas lágrimas. ¿Qué he de decir en favor de mi cliente? ¿Qué discurso, qué razonamiento, qué argumento valdrían lo que estas lágrimas de su amo? Hablan más alto que yo, más alto que la ley; parecen decir y dicen: «¡Perdón para el loco momentáneo!» ¡Imploran á un tiempo y absuelven y bendicen!

Calló; sentóse.

El presidente, volviéndose entonces hacia Marambot, cuya declaración fuera muy favorable á su criado, le preguntó:

—De todos modos, caballero, aun cuando considerara usted demente á este hombre no se explica por qué le conservó á su servicio; era, por demente, más peligroso.

Marambot replicó enjugándose los ojos:

—¡Qué quiere usted, señor presidente! ¡Es tan

difícil hallar criados en estos tiempos!... Creo que no hallará ninguno mejor que Dionisio.

Este fué absuelto é internado en un manicomio pagando su amo.

FIN